
Y fué sencillamente porque, en la mañana más clara de nuestra juventud, un estremecimiento de sacrosanta locura nos impulsó fuera del lecho, y nos asomamos á las ventanas de la Vida, hambrientos de ver... Y vimos.

Era toda la monstruosa y repulsiva desnudez de la Maldad extendida en el mundo bajo la iluminación de un sol desconocido. Era un mundo pavimentado de espaldas temblorosas de cobardía, sobre las cuales galopaban hordas de bárbaros coronados de lágrimas y vestidos de sangre...

Era la apoteosis de la Mentira y del Privilegio, celebrada con la pompa de todas las ignominias, adornada con la purpura de todos los crímenes, luciendo la magestad de los dos tétricos y sangrientos imperios sobre la más alta cumbre del mundo, y ultrajando, con una inmunda corona de abominaciones, la divina pureza del Sol.

Y fué sencillamente porque, todo lo que vimos en esa apocalíptica y reveladora visión de horror, en vez de hacernos doblar la frente, miserablemente, como a débiles hembras temerosas, nos dejó en el fiero ánimo juvenil una volcánica fiebre de odio y una llameante hoguera de amor; por eso fué que vinimos, armados con toda la potencia de nuestra fe.

Y así, siguiendo un espontáneo e irresistible impulso de nuestro espíritu y una necesidad absoluta de aliviar el dolor ajeno para aliviar nuestro propio dolor, venimos para comunicar á todos la fiebre de nuestro entusiasmo por el enaltecimiento de la Vida.

Porque, en substancia toda la diversidad de opiniones y de creencias que existen, no son más que las múltiples facetas del gran anhelo humano por hacer más hermosa la Vida, por librarse de todas las tiranías que pesan sobre el alma y sobre el cuerpo del hombre... El hombre está enfermo de servidumbre, enfermo de ignorancia, enfermo de impotencia. A la postre, esta heterogeneidad de dolencias

son todas hijas de la coyunda autoritaria y económica, y mientras esta exista, la humanidad será presa de todos los dolores conocidos, y la Vida será una continua y dolorosa agonía...

Todos los hombres de alma universal que «sintieron» el inmenso dolor de las multitudes y que consideraron necesario aliviarlo, partieron de falsas bases en la investigación de las causas de ese sufrir y por eso reinó siempre el caos en el pensamiento.

La vieja Metafísica despreció á la Naturaleza, y se perdió en las nebulosidades de lo Trascendental para ir á buscar el Lumen divino que alumbrara eternamente la razón humana. Peregrinaciones de filósofos alucinados por un ensueño de loco idealismo, se aventuraron en el misterio de lo Absoluto buscando en vano la rosa mística de la Eterna Sabiduría.

A fuerza de crear dogmas, el pensamiento se hizo siervo y las tiranías aprovecharon de esta esclavitud para atar á la Sabiduría al carro de sus conquistas. No es de extrañarse, pues, que la Ciencia, esclava siempre de los poderosos, haya sido obligada á defender á la Barbarie. No es de extrañarse tampoco que la humanidad, acostumbrada á ver á la Ciencia ahrojada á un dogma, se estremezca de horror cuando ve á seres que se atreven á proclamar la bancarrota de todos los dogmas; que se mofan de todas las fantasías trascendentales; que enaltecen la vida humana, glorificando á la Naturaleza, de la cual sacan el fundamento de toda su filosofía y que, en fin, sobre la vida animal del hombre, y no sobre su vida ideal, hayan construido las sólidas bases de la más moderna de las ciencias: la Sociología.

¿Es necesario que lo repitamos? Nuestra filosofía se ha libertado de todo apriorismo, no reconociendo más vías para llegar al conocimiento, que las verdades demostradas por la experiencia. Para la generalidad de los hombres, es necesario construir una trabazón compacta de

conocimientos, crear un sistema uniforme, basado en una verdad absoluta, para que gentes agrupadas alrededor de una misma bandera se consideren con derecho a obrar dentro de la sociedad.

Nosotros somos anarquistas en el sentido más amplio. Rebeldes á toda autoridad, á todo dogma, no creyendo en lo absoluto de la Verdad sino en su relatividad, obrando siempre empujados por verdades transitorias, tendemos á la destrucción de todos los yugos que atan las libertades humanas, para poder encauzar la Vida en una senda donde no pueda encontrar obstáculos que le impidan desarrollarse libremente. Y nuestro espíritu de crítica que se va infiltrando en toda la mole del estado social actual, será el que bajará de su solio á todos los fetiches que la imbecilidad humana ha elevado á la altura de majestades.

Y es este nuestro ideal, todo nuestro ideal, desprovisto de los oropeles arlequinescos con que, amigos de buena fé pero ignorantes ó enemigos de mala intención, han vestido su santísima desduda. Es hora ya de que el mundo entero sepa que todo nuestro ideal se reduce simplemente á una aspiración, nada más que á una aspiración.

Y qué? ... Se nos pide más?—Y que más hemos de dar, cuando la naturaleza de las cosas presentes, el estado actual de nuestros conocimientos, nuestra propia sinceridad, no nos permiten, so pena de estafar la candidez de los buenos, de dar más de lo que poseemos? Para que encerrarnos en un templo misterioso, y elevarnos en el trípode de las pitonisas para dictar los oráculos del Futuro, cuando no somos en realidad más que humildes hormigas, no miserables, sino divinamente laboriosas, que recorren la soledad de un universo en tinieblas acumulando granos de luz para los inviernos de las razas que vendrán?...

¿Y acaso hay algo más grande que nuestra aspiración? Queremos libertar al hombre de los lazos que ligan su alma y su cuerpo á todas las servidumbres; queremos preparar un porvenir luminoso donde las humanidades futuras encuentren más felicidad, más amor, más justicia; queremos que todo el polvo de los viejos prejuicios que entenebrece al espíritu humano desaparezca al soplo de una brisa de verdad y de juventud, y que la humanidad en-

cuente su más alta y noble satisfacción, siendo consciente de su naturaleza material, expandiendo sabiamente todas sus pasiones, intensificando infinitamente el goce supremo de sentirse cosa viva, creadora inmortal de otras vidas...

* * *

Y venimos, fuertes en la omnipotente fuerza de nuestra juventud, á proclamar todo esto en una sociedad de siervos cobardes y de amos prepotentes.

Venimos á sacudir los torsos doblados por la esclavitud y á contagiarles toda la fiebre de nuestro divino entusiasmo. Venimos á rescatar cautivos, á levantar huestes de luchadores donde hoy sangran carnes demadas á golpes de cadena; venimos á desenterrar de las tumbas del pasado á todos los cerebros dormidos en la ignorancia y el embrutecimiento, á fin de llevar una gloriosa peregrinación de hombres altaneros y soñadores á recojer flores de justicia en el país del Ideal.

Seremos, quizás, muy optimistas? No habrá en el mundo un germen de juventud, y unas pocas semillas de amor, y algunos espíritus heroicos?

Será cierto que no hay más que una humanidad de piratas, que asolan al mundo con sus crímenes y una humanidad de cobardes que se deslizan hácia la muerte con la risa idiótica, la servidumbre en los labios, blasfemando de la Belleza, blasfemando del Amor, blasfemando de la Vida?

Hemos soñado con una lozana y primaveral raza de libres, con multitudes de hombres alegres y bellos como luchadores, con una armónica y feliz colmena de seres sabios y sanos, de corazones apasionados y tumultuosos...

Hemos soñado, sí, nosotros también, como sueñan, al fin y al cabo, todos los humanos, pero es hacia la realización de ese maravilloso sueño de justicia y de amor que tienden todos nuestros esfuerzos. Y tenemos fe en esa realización.

Tenemos fe en que un día se levantará en el mundo una nueva estirpe de hombres, bellos y fuertes como dioses jóvenes; una nueva humanidad que entre triunfante en los imperios del Futuro, llevando en sus brazos amorosos una fecunda y gloriosa cosecha de Amor, de Libertad y de Paz...

Edmundo Bianchi.

La iniciativa privada

I

Sabemos que han sido necesarios cuatro siglos y los esfuerzos sucesivos de los legistas, de Richelieu, Mazarino, Luis XIV, de la Convención y de Napoleón para sustituir, en Francia, el régimen de la centralización y del poder absoluto al de la iniciativa privada y de las libertades locales.

Debemos deducir ahora, primeramente que esta iniciativa privada y estas libertades existían realmente y luego que ellas estaban muy desarrolladas y sólidamente hiladas, pues que han sido necesario tanto tiempo y esfuerzos para destruirlas.

Quisiera explicar brevemente en que consistía este régimen de iniciativa privada desenvuelta y de poderes públicos restringidos.

Quiero combatir opiniones generalmente aceptadas como dignas y ruego al lector quiera suspender su juicio hasta el fin de este trabajo.—Así es que podrá apreciar mi tema cuando tenga á la vista todos los elementos de juicio.

Para ser claro en esta parte de nuestra historia es necesario considerar primeramente que han existido dos periodos feudales que han sido confundidos hasta ahora, y que son, no solo absolutamente distintos sino que también diametralmente opuestos.

El primero es el «feudalismo territorial», que es preciso hacerlo comenzar al principio mismo del periodo merovingio, es decir, desde el establecimiento de los francos en la Galia.

El segundo es el «feudalismo militar», que comienza á manifestarse en el duodécimo siglo y que va declinando poco á poco á medida que se agranda la acción de los legistas y de la reyecía.

Lejos de pertenecer, como se cree generalmente, al mismo sistema social que el feudalismo territorial, el feudalismo militar es todo lo contrario. Este es el que ha traído la decadencia del primero.

Al contrario, el feudalismo militar se enlaza directamente al periodo siguiente. Es él quien ha preparado y facilitado los empeños de los legistas, la reconstitución de la monarquía absoluta y de los grandes poderes públicos.

Si esta división responde á la realidad de los hechos—y quiero ensayar de probarlo—la separación entre las dos orien-

taciones divergentes de nuestra historia hay que atribuir las, no á la Revolución, ni aún al decimoquinto siglo, sino que es necesario ascender hasta el siglo duodécimo. Es allí que se encuentra realmente, si puedo decirlo, la línea de partida de las aguas sociales.

Para simplificar la exposición descartemos primeramente el feudalismo militar.

Puede caracterizarse así: el arrastre más y más acentuado, que, á partir del duodécimo siglo, lleva á los grandes propietarios rurales á abandonar la explotación de sus dominios y la residencia rural para lanzarse á las aventuras guerreras. Es entonces que aparece y adquiere cada día mayor grandeza, el tipo célebre del caballero. Luego se lanza con un entusiasmo irresistible y loco en la vida ociosa, en los torneos, en las expediciones militares de todo género: no sueña más que con llagas y jorobas.

En esta vida de dispendio y ocio, la nobleza se arruina á la vez financiera, moral y socialmente.

Desde el punto de vista social, este fué el más gran desastre de nuestra historia, el desastre irremediable, que ha dejado al anglo-sajón la prodigiosa superioridad que lo convierte hoy en día en señor del mundo. Aquellos que han cooperado á esta obra nefasta, caballeros, legistas, reyes, deben llevar su responsabilidad ante la historia, y tenemos derecho á pedirles cuentas.

Dejando sus tierras, estos propietarios atrajeron la decadencia gradual de la cultura; dejando las gentes sus dominios, perdieron su influencia social. La gestión de los legistas y de la reyecía fué luego fácil y pronto se convirtieron en señores.—De caída en caída, la caballería abortó el tipo, exacto aunque cargado, de don Quijote.

Podemos entre tanto examinar el feudalismo territorial, que se extiende desde el establecimiento de los francos hasta el duodécimo siglo.

En la terminología de la ciencia social, llamamos formación «particularista», un estado social que hace predominar al ciudadano, el «particular» en el Estado, por consecuencia la vida privada sobre la vida pública. Este estado social estaba desenvuelto con una intensidad incomparable en el Norte de Euro-

pa, á comienzos de la Edad Media.—Fue importado en la Galia por los francos y en la Gran Bretaña por los sajones.

Mas este estado social no tuvo igual suerte en los dos países. El ha sido resueltamente en el nuestro por los progresos de la monarquía absoluta; se desenvolvió y expandió por el contrario en Inglaterra y Estados Unidos.

Ha sido resuelto entre nosotros porque el ha reconcentrado los restos profundamente arraigados de las instituciones del imperio romano.

El establecimiento de este estado social en la Galia explica precisamente la obscuridad de este periodo que engloba los merovingios, los carlovingios y los primeros capetos.—Es desde entonces que comienza á llamarse el feudalismo territorial.

Se comprende en efecto que los historiadores hubieran encontrado poca cosa que contar en este periodo sin grandes poderes públicos, durante el cual las familias, perdido lo mejor de sus dominios, se ocuparon únicamente de desembrollarlos y reconstituirlos.

Los colonos romanos, de los cuales conocemos la formación social pujante y su prodigiosa expansión, comunicaron su espíritu en la creación de los grandes dominios de la Galia.

Es á los grandes propietarios de este género, creados por el desmonte, á quienes «Columelle», hacia alusión cuando hablaba de «estos grandes propietarios que poseían el territorio de todo un pueblo y que no podían andar en un día, ni aun á caballo, el perímetro de sus dominios (1,3).»

Tal es el «saltus», es decir, el territorio desmontado, descrito por Julius Frontin: «él pertenece á un solo propietario, y es tan vasto como el territorio de una ciudad; en lo mejor del terreno se levanta la vivienda del señor; á la distancia y en derredor se ven un cinturón de pequeñas ciudades, donde habita todo un pueblo de esclavos que pertenecen al mismo señor.»

Sabemos, por los escritores del XIV siglo, que se formó en esta época una clase muy rica de propietarios y funcionarios galos-romanos, de los cuales algunos nos son conocidos, como Syagrius, Paulinus, Edicius y Ferreolus.

No obstante estos dominios estaban explotados por un régimen inferior, el de la esclavitud. Los grandes propietarios francos debían hacerle desaparecer.—Para

apreciar su obra de emancipación, es preciso hacer conocer la organización de esta esclavitud rural.

Entre los esclavos, los unos se ocupaban del cultivo, y los otros de diversos trabajos de la fabricación, que eran hechos en el dominio. Allí había molineros, panaderos, carreteros, albañiles, carpinteros, herreros, y aún barberos para afeitarse á los esclavos.—Existía un taller de mujeres, «gynoeceum», en el cual se teñían los vestidos necesarios para todo el personal.

A la cabeza de esta población de esclavos se encontraba un vigilante, «monitor», que tenía sobre sus subordinados el poder más absoluto.

Pero este esclavo—acordaos de esto—no sacaba ningún provecho personal de su trabajo.—«Jamás se trabajaba para sí. No se trabajaba ni aun aisladamente.—Se formaba parte de un grupo, de una decuria; iba con ella cada mañana, á tal parte del terreno que su jefe le indicaba; con ella iría al siguiente día á otra parte.—«No tenía en su trabajo ni interés, ni personalidad».—Alimentado y vestido, recibiendo cada día su parte reglamentaria de harina y de vino y á cada estación sus vestidos, no tenía nada que ganar ni nada que heredar.—Lo que él había sembrado otro esclavo lo recogería.—Su trabajo estaba sin recompensa, así como su vida sin amor.—Podemos pensar que este trabajo forzado era flojo, blando, torpe, frecuentemente rehecho y estéril.—El esclavo costaba poco al señor, pero también le reportaba poco.—«Este esclavo no tenía casa propia, no conocía más que la vivienda común; no era solamente la libertad que le faltaba, sino también su casa.»

He aquí lo que sacamos en limpio: el mundo romano había relevado al propietario, pero no así al obrero: éste había permanecido esclavo y no había podido zafarse de su condición.

El relevamiento del obrero y su emancipación debían resultar, según se va á ver, del estado social aportado á Galia por los francos y á la Gran Bretaña por los sajones.

Los francos y los sajones tuvieron que cumplir otra resolución.

El gran propietario de la época imperial habitaba la ciudad y hacia administrar su dominio por una suerte de intendentes, el «monitor». La campaña no era para él más que una residencia de verano.

El franco y el sajón, al contrario, quisieron «establecerse en su dominio y residir allí todo el año».—No tuvieron más instalación urbana y devinieron única y absolutamente de los rurales.—Esta instalación, «exclusivamente rural», va

crear, fuera de toda acción de los poderes públicos, un tipo social nuevo por completo, que es el que precisamente tiende á dominar hoy en día en el mundo, con la expansión de la raza anglo-sajona.

Edmundo Demoulin.

(De la obra «¿Por qué acaparar el poder?»)

Peligro imaginario

La fracción de la prensa europea que acostumbra ofrecer sus servicios á todas las reacciones, á todos los despotismos, á todas las tiranías, acaba precisamente de descubrir que un terrible peligro amenaza á la Europa y su civilización: el «peligro amarillo», que su imaginación entrevé ya bajo el aspecto de hordas y más hordas de pueblos amarillos desbordando en los países de Europa para desvastar los campos, destruir las ciudades, masacrar los habitantes y cometer todos los horrores que los manuales de historia atribuyen á Atila, Genghis Khan y Tamerlan en siglos pasados.

Esta pesadilla que tratan de comunicarnos es originada en ellos por las palizas ejemplares administradas por los pequeños soldados del imperio nipón á las tropas del autócrata Nicolás II, cuya invencibilidad famosa se desmorona al primer contacto con el enemigo desdeñado y despreciado.

No deseo en este momento discutir, en cuanto á su fondo, la cuestión de la guerra actual que, considerada en abstracto, puede ser un acontecimiento sumamente deplorable, aunque susceptible de tener consecuencias favorables para el desarrollo futuro de la democracia moscovita, pero quisiera así mismo hacer resaltar que si el «peligro amarillo» existe efectivamente, solo amenaza por el momento, y por años y años venideros, la combinación auto-burocrática bajo cuya tiranía gimen millones de seres humanos calificados — y con razón, por desgracia! — «eslavos», por los escritores políticos; «eslavos», naturalmente tomado en la acepción anglo-sajona de la palabra.

Está fuera de duda que desde la guerra chino-japonesa de 1894, y sobretodo desde la ocupación de Pekin por los Aliados en 1900, la influencia japonesa ha reinado como dueña en Pekin, no solamente en los centros militares, sino que también en los diferentes círculos civiles y administrativos. Una pléyade de jóvenes letrados, la nueva generación de

los mandarines, casi sin excepción, parece haberse convencido que la redención de la raza amarilla reside en la adopción de la civilización occidental y en la repudiación de las fórmulas cristalizadas que desde muchos siglos constituían el fundamento mismo de la civilización manchú-mongola.

Esa antigua civilización, admirable en muchos sentidos, y bajo cuya influencia se ha podido decir que el aborrecido «diablo de occidente» podía con más seguridad atravesar, sin ser molestado, el inmenso imperio, de una frontera á la otra, sin armas y con un niño en los brazos, que sólo y armado hasta los dientes, no responde más — y empiezan á darse cuenta de ello de Pekin á Canton—á las exigencias del «struggle for life» de las naciones como de los individuos. A la filosofía de los preceptos, cultivada exclusivamente en las universidades celestes desde treinta siglos, se reconoce la necesidad de sustituir la filosofía natural, aquella que enseña los misterios de la máquina de vapor y las diferentes aplicaciones de la electricidad.

Menos de cincuenta años han sido suficientes á la variedad japonesa de la gran familia amarilla para introducir definitivamente y de una manera absoluta esta civilización en sus islas. El chino, igual intelectualmente, y etnológicamente superior al japonés, podrá fácilmente, y bajo la égida de este último, asimilársela en un lapso de tiempo igual ó menor.

¿Qué sucederá entonces? El monstruo, despierto de su letargo, se alzaría contra el odiado Occidente, y fuerte con las nuevas energías y la potencia que la civilización europea le habrá dado, lanzará sus hordas para subyugar las naciones europeas, esto nos dicen los alarmistas. Y citan el ejemplo del Japon donde, según afirman, el espíritu de civilización ha desarrollado el espíritu de conquista y de usurpación.

¿Es acaso el Japon quien ha usurpado las regiones trasbaikales del Asia y la

Manchuria, que amenazaba absorber los territorios de la Mongolia al Norte y de la Corea al Sud, y que lanzaba una mirada de codicia hasta sobre las altas planicies estériles del Tibet? ¿ó no es mas bien una nacion europea, cristiana y ortodoxa, cuyas inmensas estepas, fértiles en su mayor parte, podrian soportar una poblacion doble y triple de la que encierran actualmente, y que no tiene por consiguiente, otro móvil para la adquisicion de nuevos é inmensos territorios que el enriquecimiento de una aristocracia corrompida?

El Japon, por el contrario, con una superficie de la mitad de la de Francia, mantiene una poblacion mas considerable que esta última. El pueblo estrechado en sus islas, quisiera asegurarse sobre el continente salidas necesarias á su exceso de bocas é impedir, cuando es aun tiempo la absorcion de estas salidas posibles por la voracidad moscovita.

Es por esto que la guerra ruso-japonesa es una guerra social y no política como la mayor parte de las que hicieron matarse entre sí á las diferentes naciones europeas en el curso de su historia.

Lo que es cierto para el Japon desde el punto de vista de la necesidad imperiosa de una expansion, no lo es menos para la China, y el movimiento de expansion de la raza china principiará fatalmente, en cuanto haya desarrollado fuerzas suficientes para el objeto, hácia la línea de menor resistencia, es decir, hácia el Norte y el Noroeste. Pero los millones de kilómetros cuadrados que se extienden entre el Pacífico al Este y los montes Urales y el mar Caspio al Oeste, serán

suficientes por muchos siglos para satisfacer esa necesidad de expansion, lo que de esta suerte no atraerá necesariamente un conflicto violento entre las razas caucásica y mongola.

El «peligro amarillo» existe incontestablemente para la dominacion rusa en Asia. Ha empezado con el advenimiento del Japon á la civilizacion europea, y alcanzará su punto crítico con la aceptacion de esta civilizacion por la China, y su resultado será la absorcion ó la expulsion del ruso en Asia, y nada mas.

La adopcion en China de los métodos intelectuales europeos tendrán en este país exactamente el mismo resultado que ya han tenido en el Japon: la destruccion de la antipatía insuperable para las otras razas que existen entre los chinos del antiguo régimen. Nos hemos acostumbrado hoy en Inglaterra y Estados Unidos á respetar y á tratar como un igual al japonés que era desdeñado, despreciado hace apenas algunos años, y en el Japon no se considera mas al europeo y al americano como seres odiosos simplemente porque tienen un color diferente al del japonés.

Lejos de ver en esa marcha del Oriente hácia la civilizacion un peligro cualquiera, yo me regocijo de ella y la considero como una nueva etapa en la direccion de esa era ideal cantada por el poeta libertario Paul Paillette, y en la cual

qu'ils soient jaunes, noirs ou blancs
Partout les hommes seront nos frères!

Joe Auffret.

Londres, 15 de Mayo.

El movimiento social en la Gran Bretaña

I

El día 23 de Mayo, se inauguró en Londres el Congreso de las sociedades Cooperativas británicas, resultando de la memoria leída por el secretario que, en lo referente á negocios, fondos disponibles y número de socios, se hallan dichas sociedades en un estado de prosperidad sorprendente. La prensa, especialmente la conservadora, colma de elogios á los jefes del movimiento cooperativo, llegando el oficioso «Standard» á declarar, con sobrada razon, que este movimiento, no solo es opuesto á todos los trabajos de tendencia socialista, sino que

han transformado el movimiento en un negocio conducido segun los procedimientos ordinarios de la sociedad actual.

Las cooperativas inglesas no son las únicas sociedades obreras en que se note toda ausencia de caracter revolucionario ó simplemente reformista. Las mismas «Trade Unions», á pesar de las fuerzas inmensas de que disponen, han adoptado, de algunos años á esta parte, una actitud tan sumisa, tan pacífica, que ya el Capital y las autoridades se toman con ellas toda clase de libertades, hasta la de apoderarse de sus cuantiosos fondos en concepto de indemnizacion, por perjuicios ocasionados por motivo de huelgas

declaradas ilegales por tribunales, como ocurrió en el célebre caso de la huelga de los ferrocarrileros del Taff-Vale, en que el tribunal condenó á la poderosa sociedad general de empleados de ferrocarriles, á pagar á la compañía, la suma enorme de 28 mil libras esterlinas, habiendo cometido las «Trade Unions» que componen dicha Federacion, la cobardía de aceptar la legalidad del fallo y de pagar la indemnizacion, mediante la obtencion de una rebaja, antes que atreverse á organizar una huelga general de ferrocarriles que hubiera terminado por una victoria probable ó cuando menos por una derrota honrosa. Téngase en cuenta que la rebaja fué relativamente insignificante, pues la suma que consintió en pagar y «pagó» el Comité fué la de 23 mil esterlinas (115 mil pesos oro). Esto ocurrió en 1900, y desde entonces, enardecidos por la cobardía de los trade-unionistas ingleses, han continuado los elementos capitalistas á saquear las cajas de resistencia, ora so pretexto de atentado á la libertad del trabajo durante una huelga («picketing»), ora denunciando organizaciones de huelgas ilegales, llegando en uno de estos últimos casos á pedir nada menos que 100 mil libras esterlinas, que el juez se ha apresurado á concederles en primera instancia, siendo esta vez las víctimas los pobres mineros del país de Gales.

Las «Trade Unions» pretenden no ser políticas, pero en realidad lo son, gracias á las atribuciones que se toman los comités, mangoneados por individuos de los tres partidos mas ó menos socialistas de Inglaterra: la «Social Democratic Federation», el «Independent Labour Party» y la «Fabian Society». Todos estos se las arreglan para apartar á los obreros de la lucha genuinamente económica, llevándoles al campo electoral por mediacion de un Comité Central de la Representacion obrera parlamentaria (Labour Representation Committee), que ha logrado obtener de la mayoría de los trade-unionistas ingleses, valiéndose de sus comités que suscriben un chelín por año y por federado al fondo electoral destinado á pagar los gastos de las elecciones y las dietas de los elegidos. Esto, pretextando que los candidatos repudiarán todo partido político, desde el conservador hasta el socialista, formando un grupo exclusivamente social con el nombre de «Labour Party» (Partido del trabajo). Pero, por lo que han hecho hasta ahora los diputados de dicho grupo en el parlamento, los cuales han trabajado todos, es-

ceptuando á Keir Hardie, de comun acuerdo con los partidos burgueses, se puede presumir lo que será la representacion obrera de mañana. Como lo ha declarado francamente John Burns, el mas influyente de los diputados obreros del parlamento de Westminster, el «Labour Party» de Inglaterra tratará de imitar al de Australia, que ha llegado á conquistar el poder, pactando con los elementos avanzados de los partidos burgueses, y—esto lo añado yo—renunciando á su programa, pues sabido es que el ministerio obrero australiano, cuyo jefe es Watson, solo podrá conservar el poder, si lo conserva, por haber elaborado un programa tan moderado, que resulta casi idéntico á los de los partidos liberal y conservador, cuyos jefes respectivos son Reid y Deakin. En una palabra, se verificará tal vez en Inglaterra lo que se acaba de verificar en Australia, lo que se verificó anteriormente en Francia, con Millerand, que la pretendida conquista del poder por los socialistas, ha de transformarse siempre, de acuerdo con la profecía que hizo un día nuestro amigo Kropotkin, en una conquista de los socialistas por el poder.

¿Y es para llegar á este tristísimo resultado, que ese cuarto estado que compone la seccion directora y aprovechada del proletariado inglés, esteriliza fuerzas que podrían ser imponentes y que actualmente resultan negativas, puesto que, con su fuerza de energía, mas bien se oponen que contribuyen á la marcha progresiva del proletariado universal?

Que al lado de este punto sombrío, hay otros mucho mas brillantes, que á primera vista no se ven, y que forzosamente tendrán que aparecer en días no lejanos, lo demostraré en el capítulo siguiente. Pero he creído útil dar ante todo la nota pesimista sin tratar de buscar circunstancias atenuantes, á hechos que desgraciadamente no las tienen hoy por hoy.

II

A pesar de la actitud pasiva, sumisa, de los obreros ingleses, hay motivos para asegurar que ocupa Inglaterra un lugar de preferencia entre los pueblos que realizan una evolucion progresiva en el sentido social. Esto es debido á que si el proletariado británico es inferior para la lucha efectiva al proletariado de cualquier otro país, en cambio el pueblo inglés, tomado en su conjunto, es, por tradicion, por naturaleza, por sentimiento íntimo, el mas liberal del mundo entero y el que

menos se asusta de las soluciones más radicales.

En Francia, por ejemplo, no existe el menor indicio de autonomía municipal; en varias naciones de Europa y América, en donde existe de derecho, limita su acción la autoridad central, hasta el punto de transformarla en ilusoria. Aquí, en cambio, esta autonomía es absoluta. Esto ha permitido á los municipios británicos de las localidades progresistas, sin exceptuar á Glasgow y á Londres, de realizar ensayos de socialismo municipal que asustarían probablemente á los republicanos radicales de España y de Francia y mucho más á la mayoría de los políticos sudamericanos, incluso los colorados.

El problema del impuesto progresivo sobre la renta á cuyo establecimiento se opuso con tanta vehemencia, en España, Emilio Castelar, y que no han logrado introducir aun en Francia, los distintos ministros pretendidos radicales ó socialistas que han pasado por las esferas del poder, funciona aquí de un modo rudimentario desde tiempo inmemorial. En la administración de justicia no existe la tiránica ley de las mayorías, puesto que el fallo del jurado es nulo en este país, cuando no se da por unanimidad; gracias á cuyo procedimiento se han evitado grandes crímenes judiciales, pues casos aun recientes nos muestran á acusados inocentes, absueltos por un segundo jurado, siendo así que, de valer el fallo de la mayoría, un primer jurado los hubiera mandado á la horca, y adviértase que los casos de segundo jurado son rarísimos, pues aclimatado desde largo tiempo este procedimiento, el noventa y nueve por ciento de los fallos son unánimes ante el primer jurado, siendo este hecho una contestación elocuente á los que consideran como un sueño irrealizable la sociedad libertaria del porvenir, por suponer que una colectividad es incapaz de tomar cualquier acuerdo sin que se imponga á las minorías la voluntad de las mayorías.

Aquí rige una libertad individual absoluta, garantizada, no solo por las costumbres, si que también por el cumplimiento sagrado del «habeas corpus», que pone á los ciudadanos al abrigo de arbitrariedades judiciales ó policíacas tan frecuentes en todos los demás países, y especialmente en la Argentina, contra cuyo despotismo se está sublevando la conciencia liberal de Europa, desde que se han empezado á conocer aquí los hechos denunciados por la «Protesta» de Buenos Aires y anteriormente por Basterra en

su «Crepúsculo de los Gauchos», hechos que en estos días reproduce y comenta con indignación la prensa avanzada de Europa.

Conviene también señalar la facilidad con que los municipios y demás corporaciones populares introducen en los servicios públicos las reformas administrativas, y hasta las sociales, más radicalísimas.

El antimilitarismo es aquí tan profundo que una proposición de la comisión regia, instituida recientemente para estudiar el problema de la defensa del país, proposición favorable al servicio obligatorio en sustitución del actual voluntariado, produjo en todo el país y en todos los partidos un movimiento de oposición tan general, que el gobierno acaba de declarar, en sesión de estos días, en plena cámara de los Comunes, que renuncia definitivamente al proyecto. Y es que aquí no se acude á la fuerza sino á la opinión pública, para realizar una reforma cualquiera.

Los ingleses, además respetan todas las ideas. Al mitin celebrado hace días para protestar contra la expulsión de los Estados Unidos, de nuestro amigo John Turner, han tomado la palabra oradores de todos los partidos, declarando unánimemente que todo acto atentatorio á la libre emisión del pensamiento constituye un crimen de lesa humanidad.

La noticia de que el partido obrero había subido al poder en una colonia británica tan importante como la Federación australiana, fué recibida por la prensa de todos los partidos como la cosa más natural del mundo, aun por aquellos periódicos como «The Times» y «The Standard» que, además de ser conservadores, creían cándidamente que el nuevo ministro obrero de Watson, iba á realizar su programa socialista, ignorando que todo ministro socialista debe forzosamente sacrificar su programa á su permanencia en el poder, como sucedió ya con Millerand en París, como sucede actualmente con Watson en Melbourne, como sucederá mañana con Vandervelde en Bruselas ó con Bebel en Berlín.

No, los ingleses no se asustan de nada. El mismo «Daily Mail», prototipo del jingoismo imperialista, felicitaba hace días en un bello artículo titulado «Ocean paradise» (Paraíso oceánico), á los habitantes de las islas Tristan d'Acunha, que pertenece nominalmente á Inglaterra (pero á cuya posesión renunció esta al ver que los productos no equivalían á los gastos de ocupación), por haber sabido

do dichos habitantes organizarse anárquicamente, suprimiendo autoridad, capital y religión, y reconociendo el diario inglés que estos hombres, sin leyes, cárceles ni iglesias, viven en un estado de felicidad perfecta.

Por estas y otras causas que sería prolijo enumerar, porque el pueblo británico, del que al fin y al cabo forma parte

el proletariado inglés, constituye la parte más sana de nuestro planeta, es por lo que, á pesar de la nota pesimista que tuve que dar en mi primer capítulo, creo que se debe abrigar la esperanza de que Inglaterra no será la última en contribuir á que sea un hecho la emancipación social de la humanidad.

Tarrida del Mármol.

Raz ética del problema social

Dominar á los hombres.

Engañar...

Comprender...

Mejorarse á sí propio mediante la auto-comprensión y volición.

Neutralizar las influencias nocivas del «medio ambiente»,—forjarse una individualidad consciente con funcionamiento mental autónomo, más humanitario, cosmopolita y racional.

Luego de operada la selección interior ó simultáneamente, tender á la selección familiar, gremialista y social.

He ahí una clasificación realista de tipos y subtipos humanos que observamos de continuo á nuestro alrededor.

Dominar por la violencia y engañar con supercherías á los hombres: tal es el secreto ideal de cuantos se tienen por «superhombres», en nuestras sociedades «civilizadas».

La inmensa mayoría se deja dominar y engañar con una profundidad tal de inconsciencia, que hace la desesperación de los pioneros de la emancipación social.

Lo ignora todo, lo sufre todo, lo teme todo. Ni se mejora á sí propio, ni sospecha que cada cual posee en sus centros sensitivos y pensantes, elementos virtuales suficientes para alcanzar su propia transmutación ideológica y su mejoramiento sentimental.

Una pequeña minoría comprende, alcanza la conciencia moral, se liberta, á medias de la rutina hereditaria y de las fatalidades históricas, y tiende individual y colectivamente á la transformación social, á la nivelación económica y á la ascendente solidaridad universal.

Enseña que, son precisamente quienes no saben ni pueden dominarse á sí mismos, los que pretenden y logran dominar á los demás.

Demuestra que, dominar por la violencia ó por la superchería, elevarse en las

jerarquías sociales mediante la acción grosera ó la acción de una ideología supersticiosa, es inferior «como tipo de hombre» y postulado ético social, á libertarse por la comprensión interior y á emancipar á los demás por la agrupación y disciplina de las comprensiones particulares...

Que el «tipo del dominador» es un tipo bárbaro, regresivo, indigno del concepto de humanidad.

Que el «tipo del comprensivo» es el único meritorio, válido, digno de «servicio», y de la gratitud de la posteridad.

Que el salvajismo, la barbarie y la civilización son estadios del desarrollo humano, en que bajo diferentes formas ha preponderado y prepondera el «tipo del dominador».

Que la próxima etapa de la selección social será la obra de los «comprensivos» que luchan en la sombra actual.

Que esa etapa será la que preparará la verdadera «Humanización» de la especie.

«Humanización», no mediante la Fé en lo absurdo, sino por obra y gracia de la fe en la comprensión intelectual, en la eficacia cognoscitiva, en la solidaridad volicional y en el máximum de libertad y genialidad imaginativas.

Comprender para saber.

Comprender para poder.

Comprender para querer.

Para saber vivir, laborar, oír, crear, perpetuarse selectivamente, particularizar su individuo, y elevarlo á las supremas plenitudes ideológicas, prácticas y morales.

Comprender, saber y querer, para poder clausurar la era de los hombres lobos, de los hombres histriones, y de los pueblos esclavos.

Para inaugurar la era de los hombres conscientes y libres, dentro de la siempre creciente solidaridad social.

Comprender, saber y querer para poder

dominar la propia vida, el propio individuo, las propias necesidades.

Para aprender el arte sublime de ser hombres dioses, después de haber sido hombres deístas.

Para hacerse una personalidad divina después de haber inventado tantas con la fantasía, objetivado tantas con la fé y adorado tantas por ignorancia, miedo y superstición.

El arte de «ser hombres dioses», el arte de vivir vidas dignas de tal concepto, en vez de concretarse á soñarlas y á simularlas.

Comprenderse y comprenderlo todo: he ahí el ideal que asciende en el horizonte político, jurídico y filosófico de la modernidad.

El Evangelio de la libertad individual conjugado con la solidaridad social, mediante la comprensión irreligiosa experimental, la simpatía sensitiva y la equidad moral.

Tal es la «tabla de oro» de la moderna Cábala.

La conciliación suprema entre los intereses individuales, familiares y sociales.

A. Vasseur.

Poetas nuevos

Los filósofos asalariados

DE STECCHETTI

No tras las rabias de odios inhumanos
Va la filosofía en su desgracia.
Ahora, un buen salario le hace gracia,
Cobra y nosotros somos los paganos.

Si reinan con sus fuerzas los tiranos
Elogia la opresión y la autocracia.
Mas si triunfante ve la democracia
A Francia admira y sus republicanos.

Ah! Cáfila ventruda de rufianes
Que la Verdad tenéis por alcahueta,
Pronto tendréis las cuentas ajustadas.

¡Hasta la vista! Ilustres ganapanes,
Cuando nuestro sufrir llegue á la meta
Ya nos veremos en las barricadas!

¡Peregrinos, á Roma!

DE CURROS ENRIQUEZ

La ira de Dios en llamarada ardiente
Del Vaticano hendió la cima oscura.
E indómita, estallante, sorda y dura
Del falso Cristo chamuscó la frente.

Rota el ara, sin solio en que se asiente,
El ídolo rodó desde la altura,
La boca abriendo, desdentada, impar,
¡Socórreme — gritó — turba creyente!

Romeros, acudid! Hosco, siniestro
Crece el incendio. La Razon lo atiza,
Cae el Papado, sombra del Maestro.

Acudid peregrinos! que en su liza
Contra la Libertad, — derecho nuestro,
El monstruo apocalíptico agoniza.

Adriano M. Aguiar.

Anarquía y colectivismo

De Alfredo Naquet

Alfredo Naquet, ex-diputado republicano y químico de mérito, acaba de publicar un volumen titulado «L'Anarchie et le Collectivisme».

En el prólogo del mismo declara Naquet que reprueba el terrorismo practicado por muchos anarquistas, lo que no empece en él su simpatía por nuestras ideas. Debido tal vez á la huella mental que dejara en él su pasado político, entiende que la revolución no puede llevarnos á la anarquía, que considera, por lo demás, impracticable. Este aserto nos extraña mucho en un espíritu radical como Naquet. ¿Es que la Revolución France-

sa, por ejemplo, no libró á la burguesía del yugo de la realeza y de la nobleza, permitiéndole que se apoderara del poder en provecho propio y contra el proletariado? Naquet dirá que tal revolución fué precedida de la propaganda de los Enciclopedistas, quienes transformaron la mentalidad de muchos de sus contemporáneos. ¿Acaso no defienden sus ideas los anarquistas, desde tiempo ha, en libros y periódicos? ¿Por ventura no forman ya legión los libertarios? Dicen que en España son mas de 100,000. Naturalmente, si se hace una revolución por el gusto de hacer una revolución, sin un

ideal humanitario de bienestar social, ningún resultado podrá dar aquella. No soy partidario de arrojar bombas ni instigaré á nadie para que las eche, por la sencilla razón de que yo, por mi cuenta, no me siento capaz de ello. Excitando á los demás y retrayéndome yo, sería doblemente cobarde. Tampoco llegaré, sin embargo, á tildar de odiosos estos atentados, como Naquet, en tanto se pondere como virtud heroica las matanzas en masa, á metrallazos horrendos como en el Extremo Oriente, donde se asesinan, unos á otros, los soldados rusos y japoneses, á instigación y bajo la presión de sus jefes criminales. ¿No es más terrible y mortífera una ametralladora que una bomba? Eso de encomiar las atrocidades guerreras—llamándolas proezas—y abominar de los atentados anarquistas—tildándoles de crímenes—es una superchería sentimental. Por lo demás, la burguesía no se dejará expropiar sin lucha, por mas que se lo pida al unísono el proletariado universal.

Parece que Naquet solo ha leído á Kropotkine, en lo que, sin embargo, no anduvo desacertado; pero quizá, de recorrer otros autores, se le hubiera ensanchado, ante la mente, el horizonte del porvenir y el campo de la realización, respecto de la anarquía, que no es solo una palabra, como se complace en decir, sino un sistema sociológico y un ideal humanitario.

Le espanta á Naquet la idea del despilfarro posible en la sociedad anarquista; y, con prejuicios vetustos de economistas políticos habla de la necesidad de reservas, como en tiempos de Faraon, para precaverse contra malas cosechas. Ante todo, argüiremos que la naturaleza nos da constante ejemplo de despilfarro de fuerzas, de energías, de frutos y de

mas: la naturaleza no economiza ¿por qué, pues, ahorraría la emancipada humanidad hija de la naturaleza y amante de la naturaleza? Porque así lo reconoce, y no mas, el sentido práctico de nuestros días. Cuanto á eso de malas cosechas, echa Naquet en olvido que las mismas no son universales; de suerte que una comarca en abundancia podría surtir á otra de menesterosos: esto es empírico.

Detalles ínfimos, como la cuestión del vino de champagne, entrañan para Naquet grande obstáculo—nada menos—para que se realice la anarquía. No lo discutiremos, dada su importancia exigua, como tampoco la singular idea de que el anarquismo se hace incomprendible, solo por el hecho de no haberse aun puesto en práctica, contrariamente al colectivismo, del que le dan ejemplo los ferrocarriles, la tabacalera, etc. Pero lo mismo hubiera podido declarar Naquet sobre el colectivismo algunas centurias antes. La cuestión de la abundancia, que tanto preocupa al autor se solventa con la cultura intensiva y el perfeccionamiento de la maquinaria.

Naquet, á pesar de su espíritu abierto para los grandes problemas, tiene aun muchos resabios de la sociedad capitalista, cuyos organismos conoce á maravilla. Ello le mantiene á distancia de las utopías presentes que han de engendrar las realidades futuras. Su libro, sin embargo, es muy útil, pues da lugar á disquisiciones que ponen sobre el tapete lo interesante, mas que peliaguda, cuestión de la anarquía en la «práctica». Sólo indico, pues, algunos puntos de esta obra, para que otros mas competentes la critiquen con mayor fruto y en su integridad.

J. Pérez Jorba.

La obra del parlamentarismo

Al fin tenemos un legislador socialista, de simpático aspecto, y, por añadidura, con una cabellera que dentro de poco eclipsará á todas las que «en el mundo han sido». Esta poltrona parlamentaria bien ganada se la tiene la grey socialista y especialmente el «agraciado» porque, á decir verdad, su saliva le cuesta.

Por algo se empieza y el caso es empezar aunque sea por el tejado ya que en tantos años como tiene de existencia

el ya celeberrimo programa mínimo con sus apetitosas «aspiraciones» afirmadas y acrecentadas en cada Congreso, no fué posible que los suculentos platos del nutrido «menú» pasaran de pura «aspiración».

Es de esperar que como diputado el señor Palacios desempeñe en el parlamento argentino un buen papel, ya que no un brillante papel; aunque escaso de condiciones intelectuales para destacar-

se sobre las mismas medianías, posee el aprecio de sus mismos adversarios. Como defensor del proletariado es de creer que no irá más allá de donde puede ir todo hombre vinculado á esa plaga social que se llama parlamento.

Si se considera el enorme gasto de energías hecho por el partido socialista para conseguir una plaza en el gobierno; los sacrificios morales y económicos impuestos á sus afiliados; las declinaciones vergonzosas exigidas á una pequeña parte de la falange productora en nombre de una redención de segunda mano, hay motivos para celebrar que todo ello tuviera como recompensa lo que constituye su sueño dorado, y ganas le vienen á cualquiera de abrazar uno por uno á todos los elementos anticlericales y republicanos que teniendo tanto de socialistas como fray Nozaleda sufragaron por el doctor Palacios, convencidos de que el voto socialista quedaria tan parado como burro manchego. Hay quienes lamentan, sin embargo,—y quizás éstos son los verdaderos amigos,—que Palacios se haya resignado, apenas comenzada su carrera redentorista, á ser «uno más» exponiéndose á todos los peligros de infección moral sin más probabilidad de éxito que la que en su vida privada pueda labrarse con los correspondientes emolumentos.

En todos los tonos de la escala musical dijeron los campeones socialistas de aquende y allende los mares que el actual periodo histórico está caracterizado por una descomposición tal que la desaparición del régimen capitalista, además de ser cosa ya decretada desde hace tiempo por sus mismos vicios insanables, se impone perentoriamente para dejar paso libre á formas de convivencia que jurídica y económicamente consuenen con el superior concepto que de la vida de relación tiene la mayoría de la humanidad moderna. Y esto dicho encarecieron la necesidad de utilizar el nuevo manantial de vida que reside en las aspiraciones del proletariado, de encauzar y disponer á los esclavos para el disfrute de las futuras bienandanzas, aseverando de paso que la clase detentadora de la riqueza social solo cesaría en su prepotencia ante el despertar y la organización de los desposeídos.

Por muy profano que uno sea en estos «ismos», como confieso serlo, al momento descubre la mas estúpida contradicción entre la teoría crítica del socialismo y su adaptación á la lucha social. Porque si el

proletariado es, en último análisis, quien ha de desalojar de sus posiciones á la burguesía; si es él quien por una visión clara de las cosas y por una concepción elevada de la vida ha de llevar el asalto definitivo contra un organismo inquisitorial en donde cada remiendo es un nuevo motivo de tortura; si es él quien, repito con los socialistas, ha de emanciparse por su propio esfuerzo, conquistar, destruir, crear, la lógica de cualquier gañán, el criterio recto del mas humilde faquin indican que, estando condenado á muerte el parlamento y mil otras garrambainas dentro de la misma teoría colectivista, lo prudente, lo práctico, lo realmente científico es ir directamente contra toda forma de poder, socavar toda autoridad de derecho y consagrarse á hacer expansivas las relaciones de individuo á individuo, de gremio á gremio, de pueblo á pueblo, y levantar una fuerza de resistencia que tenga como eje único armas y aspiraciones económicas.

Mientras las conclusiones científicas de la sociología y las mismas inducciones elementales de la observación indican que el triunfo del proletariado debe ser obra del proletariado mismo, la táctica socialista sólo conduce á estancar las energías proletarias y mas que esto, á desviarlas de su cauce lanzándolas por caminos enrevesados que más se apartan del objeto final cuanto más se internan en ellos las masas populares.

Lo práctico, pues, consiste en levantar el espíritu de los desposeídos y lo moral en permanecer con ellos y entre ellos.

Mandar diputados al parlamento, ¿para qué?

¿Para levantar el espíritu de los poseedores? Esto no, porque sobre establecer un nuevo sistema de mendicidad tan humillante y depresivo como el del pordiosero, sería reconocer entrañas al régimen capitalista, y esta virtud no se la reconoce el socialismo. ¿Para amedrentar á los prepotentes obligándoles á que el miedo opere en ellos el milagro que la razón y el derecho no pueden operar? Tampoco, porque la doctrina socialista es la primera en reconocer que ningún régimen oprobioso se extingue por el mérito de una verba más ó menos espeluznante.

El día que el proletariado tenga desentuelta esa mentalidad que los dulcamaras de la política le exigen para poblar de funcionarios socialistas todas las dependencias del Estado; es decir, cuando tenga incorporado á su espíritu el firme pro-

pósito de romper las cadenas que lo oprimen y se encuentre, por consiguiente, en condiciones de sustituir el Estado burgués por el Estado socialista, de hecho se encontrará en condiciones de componérselas sin el uno y sin el otro.

Moralidad burguesa

El—Yo desearía que hiciésemos un largo viaje...

Ella—Ya sabes que no me gusta viajar....

El—Es que además de lo encantador que sería ese viaje, nos conviene...

Ella—(Con extrañeza). ¿Qué nos conviene?

El—(Con tristeza) Sí, Julia.... Enrique....

Ella—(Haciendo un gesto de disgusto) ¿Qué?

El—Ha venido....

Ella—Sí, lo de siempre... que no tenemos que gastar tanto, que si el lujo, que...

El—El pobre lo hace con la mejor intención: cuida con lealtad nuestros intereses; pero nosotros le pedimos dinero á toda costa, y él, claro, que ha de hacer! lo trae. Nuestro capital ha mermao considerablemente, y sin embargo nos hemos empeñado en hacer la vida de siempre. Nuestra situación, en comparación con la que antes gozábamos, es precaria... Hoy no tenemos más que cincuenta mil pesos de renta....

Ella—(Con desprecio) Sólo cincuenta mil pesos? Eso no es nada!

Trabajan, pues, en beneficio propio y no en beneficio de los necesitados, los que tienen empeño en que el proletariado imite á Penélope.

Altaír.

El—No te enojas, Julia; el mal no es irremediable. Por eso te digo que un largo viaje al extranjero, yo creo que levantaría la casa.

Ella—Eso es, y todo el mundo dirá que estamos arruinados!

El—No tanto, Julia; tenemos lo bastante para vivir con lujo, pero no lo suficiente para estrenar cada noche un traje...

Ella—(Muy nerviosa) Ya salieron los trajes! ¿Por qué no economizas tú?

El—Julia, no me hables así... (Pausa).

Ella—Hay un medio de arreglar todo.

El—¿Cómo?

Ella—Mira, Carlos, nuestra renta es poca para los dos, pero es bastante para...

El—¿Qué quieres decir con eso?

Ella—Pues nada; que te gastes tú los cincuenta mil pesos.

El—¿Y tú?

Ella—(Con calma) A mi no me ha de faltar.

El—(Logrado ya su objeto y fingiendo una mala interpretación) Efectivamente... á ti no te hace falta...

L. Durán.

Letras de todas partes

Roma, 12 de Junio.

Acababa de leer vuestra carta anunciándome la aparición de «Futuro», y pidiéndome correspondencias mensuales que desde ya comienzo á enviaros, cuando cayó en medio de mi apocalíptica mesa de trabajo, la obra «Laus Vitae» del aristocrático D'Annunzio.

Creo que es de actualidad el hablar de D'Annunzio, cuando aún resuena por el mundo el eco de los aplausos á que se hizo acreedor el gran poeta italiano con su magistral «Figlia di Jorio».

De él, pues, hablaré á los lectores de «Futuro».

De todas las obras de D'Annunzio, en

ninguna como en la citada he notado una tan espléndida y victoriosa fuerza; un tan vigoroso canto á la Renovación en todos los órdenes de la Vida.

La Vida sana y fuerte; las homéricas y formidables batallas de los fuertes y los libres contra todo un pasado de horror y de mentira; el triunfo de la bella desnudez de la Salud ante los misticismos enfermizos y la mugre contagiosa del cristianismo embrutecedor; el canto del hombre de mente libre y brazos libres ante el verdor primaveral de la naturaleza su esposa... Esto es lo que, en la obra dannunziana—antonomasia que ha entrado en uso en la literatura moderna y que dice mucho en favor del poeta italiano—

esto es, repito, lo que en la obra dannunziana hay de mas hermoso y admirable.

D'Annunzio nos dice: «La vieja mentira debe desmoronarse: la sombría fe nacida en las orillas del Jordan debe desaparecer; el renunciamiento á la vida, la esperanza en la felicidad más allá de la muerte, son locuras que perjudican, locuras que matan al hombre y á su obra inmortal. Desata, pues, los nudos que te encadenan al pasado y ven conmigo hacia la vida pujante y libre; yo te muestro una verdad más profunda, una sociedad más libre, una humanidad más alegre y más fuerte. Sé el hombre que, por la fuerza de su pensamiento domina á la Naturaleza; sé la voluntad que no reconoce soberanías, despliega la vela de tu barca, y siendo, triunfalmente, las olas furiosas de la superstición, de la cobardía, del odio: sé fuerte y glorioso!»

Todo esto, ciertamente, no está dicho á los humildes, á los pobres que, sudando su martirio y mascando sus dolores, han construido con su trabajo todas las civilizaciones del mundo. El anarquismo intelectual de D'Annunzio cesa cuando el olor de hombre de trabajo hiere sus narices. Entonces se encarama, para no contagiarse, al trono del Superhombre y desde la altura proclama la soberanía del Intelectualismo, pretendiendo dirigir á las multitudes...

A pesar de todo esto, que no es más que «pose» en D'Annunzio, hay en la obra en cuestion trabajos de una belleza insuperable por la verdad con que—se nota á primera vista,—fueron sentidos por el alma de su autor; alma al fin y al cabo profundamente humana, como que se formó y se educó entre el pueblo.

Los trabajos que en este poema nos han impresionado más por su belleza de forma y por su espíritu subversivo, han sido: «Vía Romana», «La gran doglia»—trágico recuerdo de la Comune,—«L'Annunzio», «I ribelli», etc...

Y ya que he comenzado hablando de letras italianas, continuaré esta crónica esbozando algunas impresiones sobre la última obra de Ada Negri, «Maternità».

Yo no sé si en América se conoce ya esta obra. Las traducciones de Ada Negri, han ensuciado siempre la soberana y esplendorosa pureza de los versos italianos, por eso los admiradores de la gran poetisa que no la leen en lengua italiana,

se ven resignados á leerla en versiones que desfiguran el sentido y que nunca podrán llegar á dar una idea de la maravillosa fluidez y de la natural espontaneidad de la lengua en que fueron escritos. Ada Negri, «es intraducible». Hay que leer sus producciones tales como ella las escribe: con toda su hermosa naturalidad, hermosa hasta en las incorrecciones de forma en que frecuentemente incurre.

«Maternità» marca una segunda etapa en la vida intelectual de Ada Negri. Como ya lo han notado varios literatos, la poetisa de «Maternità» no es la poetisa de «Tempeste» y de «Fatalità». Los títulos de sus producciones sintetizan claramente el «momento histórico» del pensamiento de la autora.

En «Maternità», la mujer indómita y rebelde de otrora se ve vencida por las dolorosas incertidumbres, por los angustiosos anhelos, por las intensas alegrías y por las hondas penalidades de la madre. Ya no baja á la calle llena de sol para besar al chicuelo roto que vaga sin hogar entre el desordenado tránsito del «corso» populoso. Ya no va por las calles, en los crepúsculos sombríos, para ver pasar la turba de los vencidos, ó los entierros de los caídos en el trabajo; ya no se detiene en las veredas rumorosas para contemplar una pareja de amantes pobres que pasean su idilio en medio del vaiven del boulevard; ya no se vergue, soberbia de sagrada ira y apostrofa á los «burgueses panzudos» y á las prostitutas derodadas, escupiendo á la cara de la sociedad todo su sacrosanto odio de revolucionaria y cruzándole la cara con el látigo de su «bolleante verso»... Ahora, canta al amor, al «eterno amor alma del mundo»: grita á los hechos: «amore, amore, amore»... llora la muerte de todos los pobrecitos niños, y vuelve á entonar un himno á la eterna gloria del amor, creador de vidas. En el «Saluto fraterno», última composición de la obra dice al Hombre, su hermano: — «Salve fratello, tu non mi conosci,—non so il tuo nome; non ti vidi mai—prima d'ora... —Non m'importa saper d'onde tu venga—ne chi tu sia, ne che farai domani—Non m'importa saper se le tue mani—sien pure. O nato come me, da grombo—dolente. ó fatto della stessa carne....»

Francesco Damonti.

«Los gringos»

(Reflexiones de un traunseunte)

En el salon elegante estaban tomando té media docena de amigas. Las había rubias y morenas, altas y menudas, tímidas y emprendedoras... Pero todas ostentaban ese amable desenfado y esa sonrisa de buen tono que solo tienen en el mundo dos mujeres: la parisiense y la hispano-americana.

En el desorden de la conversacion, surgió una voz de cristal.

—Eso está bien para los «gringos»... ignoro el asunto á que hacían referencia, pero es lo cierto que la reflexion desencadenó un torrente de aprobaciones.

El hermano de la dueña de casa, un jovencito elegante de esos que se improvisan doctores con tres puntos en una universidad de provincia, fué el que dió prueba de mayor entusiasmo.

Entonces «Monsieur» de la Palice, que aunque frecuentaba poco los salones se había puesto aquella tarde el «jacquet» y los guantes grises, le interrumpió con su mirada maligna:

—Bien habeis razonado vuestro desprecio,—dijo sonriendo imperceptiblemente,—y os acompañaría en él de muy buen grado. Apenas si les debemos á los «gringos» los ferrocarriles, los puertos, los trajes, los periódicos, las armas, las máquinas, los teléfonos, los edificios, las

ideas, la luz y todo lo que hace agradable nuestra vida. Fuera de eso, el progreso nacional es obra de nosotros. Si ellos han cultivado los campos y han construido las ciudades, ha sido porque los hijos del país no teníamos tiempo para hacer prosperar la region, dado que estábamos ocupados en disputarnos su gobierno. La mejor prueba de nuestra superioridad es que, con raras excepciones, somos los únicos que no hemos trabajado.

Las protestas fueron unánimes. Se convino en que «Monsieur» de la Palice era, además de un patriota poco penetrado de su mision, un bromista peligroso.

Pero una rubia delicada, que parecía un retratito de princesa, se encargó de rehabilitarle, declarando que su zapatero era italiano, su joyero suizo, su modisto francés, su sastre austriaco, que el «chalet» que habitaba era obra de un arquitecto alemán, que sus medias habían sido manufacturadas en Holanda, que su coche venia directamente de New York y que su institutriz, Mis Keaty, que nos miraba en silencio con sus grandes ojos azules era, naturalmente, inglesa, como todas las institutrices.....

Manuel Ugarte.

Bibliografía

«NI DIOS NI PATRIA», por Benjamin Mota.—«DE LOS METODOS DE LUCHA», por C. Balsas; biblioteca de «La Protesta» (Buenos Aires).—La agrupacion libertaria «La Protesta», ha hecho un buen servicio á las ideas publicando el hermoso folleto de Benjamin Mota. «Ni Dios ni patria» es un excelente escrito de propaganda antireligiosa y antipatriótica, pues el estilo sencillo en que está escrito, lo hace accesible á cualquier inteligencia. «De los métodos de lucha», es un breve y sustancioso escrito, agregado al folleto mencionado. El autor de «Método de lucha», C. García Balsas, en su breve y concienzudo trabajo proclama la superioridad de la lucha francamente revolucionaria y antiorganizadora, y la excelencia

del boycotage y del sabotage aplicado conscientemente por las masas.

«REGENERACAO», romance social por M. Curvello de Mendonça; H. Garnier, editor, Rio Janeiro, 1904.

Curvello de Mendonça, ilustrado colaborador de «Futuro», ha abierto, con «Regeneração», nuevos horizontes á la literatura americana. Nadie mejor que este autor podía haber iniciado en esta gran obra á las letras de América, tan empapadas de viejos romanticismos y de rancias preocupaciones. La novela en cuestion es un hermoso espécimen de la nueva literatura de tendencias humanitarias.

A pesar de que el optimismo que ha inspirado á «Regeneração» hace que ciertas escenas traspasen los límites de la

realidad, el noble y elevado ideal que inspira a cada una de sus páginas atenúa esos minúsculos defectos, y hacen de la novela una obra sana, virilmente sana y consoladora.

Los personajes de «Regeneração» son patriarcas evangélicos, que proclaman la buena nueva de la sociedad libertaria en medio de la paz divina de la naturaleza. Una ciudad del trabajo y de la fraternidad, se eleva en medio del esplendor augusto de los campos, y el núcleo de que ha de surgir una nueva humanidad, fraternal y pacífica, se desarrolla vigoroso y bello, preparando más paz y más ventura para las generaciones que vendrán.

La obra está escrita en un estilo sobrio y bellissimo. Hay descripciones de una hermosura sorprendente, pero, lo que agrada más en ella, son los diálogos, llenos de una sencillez dulce y encantadora.

No es esta ocasión para discutir si los métodos de lucha preconizados por el autor en su novela, llegarán a dar los resultados que en ésta nos muestra; además, la tiranía del espacio no nos permitiría, como sería nuestro deseo, extendernos más sobre esta hermosa novela, a cuyo autor felicitamos sinceramente, alentándolo para que continúe enriqueciendo a la lite-

ratura libertaria con trabajos de tanto valor como «Regeneração».

«KULTUR», la hermosa revista dirigida por nuestro colaborador Elysió Carvalho, sigue apareciendo en Río de Janeiro. Esta revista es la más importante publicación libertaria que ha aparecido en América. A su alrededor se han reunido los talentos más brillantes de la joven generación del Brasil, y son sus colaboradores los pensadores y literatos avanzados de todo el mundo. Digna es «Kultur» de toda la protección de los compañeros del Brasil.

EDMUNDO BIANCHI.

«Mujeres flacas», por Pablo Minelli Gonzalez, Montevideo, 1904. Imp. A. Barreiro y Ramos, calle Cámaras.

Un volumen de versos detestables, escritos en la ignorancia más completa de la técnica del idioma que maneja el autor. Este, cuyos conocimientos en materia de Arte son absolutamente nulos, evidencia, además, en esta obra, el desequilibrio de su integridad mental. Por lo demás, ya él nos lo dice, sin reserva alguna, en sus palabras preliminares:

«He absorbido todo el veneno de la literatura francesa».

«Soy un intoxicado».

L. D.

De todas las obras que los señores autores ó editores envíen á la Dirección de «Futuro», se hará el correspondiente juicio crítico.

Notas

Debido á varias causas, el presente número no pudo aparecer el 15 de Julio, como había sido anunciado. Pedimos disculpa á los lectores por el involuntario retraso.

—Editado por la «Librería Moderna», calle Sarandí núm. 240, aparecerá dentro de breve tiempo, «Cantos Augurales», un tomo de hermosísimos y robustos versos de nuestro talentoso colaborador Armand Vasseur.

—Del mismo autor, y editado por una

importante casa editora de España, llegará el mes próximo «Evolucion gregaria y social».

—La librería «La Nueva Infancia», calle Rondeau esquina Miguete, recibirá dentro de unos días, las últimas obras publicadas por la «Escuela Moderna».

Los que quieran dar á sus hijos una enseñanza verdaderamente racional, desprovista de toda mentira religiosa, deben de hacer leer á éstos las obras pedagógicas de esa biblioteca.

Todos los trabajos publicados en «Futuro» son inéditos, ó traducidos especialmente para esta revista. Estos últimos llevarán siempre anotada al pie la fuente de donde proceden.

Para el número próximo publicaremos artículos inéditos de Pablo Reclus, J. Perez Jorba, F. B. Basterra, Tarrida del Mármol, C. Malato, Elysió de Carvalho, Altair' F. Damonti y otros.